

Letrillas



LITERATURA

Ingeborg Bachmann: Maneras de morir

por **María Negroni**

Las palabras caen sobre la página como perdigones (la palabra *padre*, la palabra *incesto*, la palabra *guerra*), se contaminan de sueños, banalidades y esfuerzos por entender la podredumbre del mundo, y también de llamados telefónicos que no llegan, o llegan sin calmar un ápice el calvario de la espera.

Los burócratas de la literatura dirían, si hubieran leído el libro, que *Malina* (1971) es una novela. No lo es. *Malina* es un libro sobre el infierno. El documento de una crisis y un tratado

sobre la desgracia afectiva que incursiona en las zonas más esquivas de la psique femenina. También es una catástrofe luminosa donde una utopía de la escritura, siguiendo a Kleist, se opone a la lengua vil de la realidad y a los discursos maníacos del orden.

La obra de Ingeborg Bachmann, escribió su biógrafo Hans Höller, “pertenece a una de las más angustiantes ofensivas del lenguaje contra el dolor traumático. Hay en ella un ansia de absoluto que hace del sufrimiento una condición de la verdad y

de la escritura un recordatorio de la inquietante proximidad entre el amor y la violencia”.

El único modo de leer este libro es la completa sumisión a su propuesta. Dejarse imantar por su secreto, que como todo secreto empieza siempre más atrás: seguramente en la aldea natal de Klagenfurt donde la figura del padre, un miembro activo de las ss, ya antes del *Anschluss* de Austria, ejerce una autoridad abusiva mientras la población prolijamente “ignora” los horrores del nazismo. Se diría que este primer quiebre de conciencia domina la geografía emocional de Bachmann, su más íntima devastación.

Todo en esta prosa es digresión ensimismada, sismo, monólogo asfixiante que se esparce creando confusión en un cuarto mental lleno de polvo, papeles, colillas de cigarrillos, vasos vacíos de whisky y también de preguntas que, una y otra vez, la llevan a identificarse como descendiente de “la generación de los culpables”.

De ese malestar identitario, sale ese “yo disidente y sin garantías” que seducirá a Paul Antschel / Paul Celan, “el extranjero de la capa negra”, cuando se conozcan, muy jóvenes todavía, en la Viena de posguerra. La correspondencia entre ambos, iniciada cuando él se traslada a París, podría leerse como la celebración de una intensa cohabitación literaria, hecha de admiración recíproca, si no fuera por los continuos desencuentros y malentendidos entre los amantes atormentados que fueron.

Su amiga Fleur Jaeggy la retrató con sutileza en el personaje Frédérique de *Los hermosos años del castigo*. En

el Bausler Institut, ubicado a escasos metros de la institución manicomial donde estaba internado Robert Walser, Frédérique y la narradora aprenden a “renunciar a las cosas bellas y a temer las buenas noticias”. En ese internado, lejos de sus familias, crecen, desobedecen, se vuelven inquietantes, hasta que la amiga usurpa el centro de la escena y se transforma en mentora y eficaz contrafigura, un poco a la manera de Demian en el libro homónimo de Hermann Hesse.

Cuando muchos años después, al final de la novela, la narradora visite a la amiga en una institución psiquiátrica, sacará sus propias conclusiones: “Me dicen que no hay esperanza para mi amiga. No se curará. Y por qué debería curarse, pienso yo.”

La realidad, una vez más, imita a la ficción. Bachmann, en la vida real, estuvo internada muchas veces en diversas clínicas de Baden Baden, St. Moritz, Berlín y Viena. También consumía somníferos y sedantes en grandes cantidades, fumaba sin descanso y murió a raíz de un incendio “accidental” producido en su casa de Roma por un cigarrillo mal apagado en la cama. También Paul Celan, “a quien amé más que a mí misma”, fue sometido a electroshocks y acabará tragado por la oscuridad del agua en 1970. Uno podría preguntarse: ¿cuál es el nombre de la enfermedad que ambos padecen? ¿Qué relación tiene con las deportaciones, los campos de exterminio, las cámaras de gas?

Ambos pagan, en cualquier caso, el precio de la soledad y buscan, en un estado de deserción permanente, una cierta pertenencia mental. Su mundo utópico estará siempre desmilitarizado y lejos de casa. Porque lejos de casa, entre viajes descosidos, se puede quizá indagar mejor el lenguaje, hacerlo agujerear las convenciones biempensantes.

“Con la mano quemada escribo sobre la naturaleza del fuego” es una frase de Flaubert. Bachmann la hizo propia. En sus libros todo quema: la

imposibilidad de amar, la relación inconfesable con el padre, el odio y la destrucción que asolan el mundo. La prosa quema también.

Habría que agregar, entre los datos de su vida, la tesis de doctorado que escribió sobre Heidegger, los libretos para óperas, las piezas radiofónicas, los ensayos sobre Kafka, Musil, Wittgenstein, los premios (entre ellos, el Georg Büchner, de 1964). Y sobre todo los libros de poemas, *El tiempo postergado* (1953), *Invocación a la Osa Mayor* (1956), *Nada de delikatessen* (1963); los relatos, *A los treinta años* (1961), *Tres senderos hacia el lago* (póstumo); y la trilogía *Todesarten / Maneras de morir*, que incluye *Malina* (1971), *El caso Franza*, *Requiem por Fanny Goldmann* (estos dos últimos inconclusos).

Ingeborg Bachmann (1926-1973) fue la primera escritora que obtuvo la prestigiosa beca del Programa de Artistas en Berlín. Llegó en 1963, tras la ruptura con Max Frisch y un intento de suicidio, y se encontró con una ciudad brutalmente herida (el muro

era reciente) que, decía, “solo se puede habitar como quien habita sus problemas insolubles: con una sobriedad fanática”.

Durante su estancia conoció a Witold Gombrowicz, que llegó con la misma beca unos meses después, y escribió algunos poemas de *Nada de delikatessen* donde anuncia su decisión de renunciar para siempre a la poesía porque “los poemas me reducen a cosa, trozo de carne, y eso es peligroso, sobre todo cuando me rodean perros feroces criminales”. También de esa época son sus primeras notas para *Malina*.

Escritora de textos que parecen himnos, considerada como el equivalente lírico de Kafka, Bachmann describió su estancia en Berlín como “una agonía subvencionada”. ~

MARÍA NEGRONI es escritora, poeta y traductora. Este año ha publicado *Escenas de lenguaje* (Kriller71), que reúne dos de sus poemarios en un solo volumen, y *Colección permanente* (Literatura Random House).

POLÍTICA

La mirada clara

por José Andrés Rojo

Quizá sirva entrar por cualquier parte en esta selección de textos periodísticos —análisis, columnas, tribunas, comentarios, reseñas, críticas de libros— que Santos Juliá (Ferrol, 1940-Madrid, 2019) publicó entre 1982 y 2019 en el diario *El País*. Las piezas cubren un largo periodo de tiempo y, por tanto, se ocupan de los gobiernos de Felipe González, José María Aznar, José Luis Rodríguez Zapatero, Mariano Rajoy y Pedro Sánchez. Hablan de cosas del pasado, por próximo que pueda resultar, pero consiguieron en su momento echar raíces de una manera tan profunda que es como si trataran de los

problemas de ahora mismo. La historia no va dejando cosas cerradas atrás, y no hay nunca novedades en lo que está por venir, las personas y las sociedades dan vueltas y vueltas sobre parecidas cuestiones, también la política, así que no resulta extraño que lo que Santos Juliá dice sobre lo que ocurrió hace ya años siga resultando esclarecedor para entender lo que sucede hoy.

Se dice rápidamente, pero hace falta hacerse cargo de lo que significa estar atento durante más de 35 años a los asuntos de la política española para procurar desentrañar su sentido cada semana, o cada dos, o varias



veces al mes. Miguel Martorell y Javier Moreno Luzón dicen en su introducción que en total Santos Juliá escribió durante esos años “más de 800.000 palabras, unas 1.200 páginas en letra apretada”. Lo que proponen es solo una selección, centrada en sus textos más políticos y dejando así de lado los que abordan cuestiones específicamente históricas. Aunque en realidad esa distinción es irrelevante, porque lo que da especial enjundia a cualquier consideración de Santos Juliá es que la elabora moviéndose siempre con luces largas y, por eso, sus saberes de historiador están presentes en cada una de sus piezas como parte del caldo en el que cocina su aproximación a los hechos concretos de los que trata.

De Santos Juliá no tardé en tener noticia al poco tiempo de incorporarme en 1992 a *El País* para coordinar la edición de *Babelia*. Alguno de mis jefes me sugirió que le encargara una pieza sobre uno o varios libros de historia, no recuerdo ahora, y apuntó a su solvencia y a su rigor como cartas de presentación, y a lo bien que lo contaba todo. Tenía razón. Más adelante, en la época en la que llevó el suplemento Ángel Sánchez Harguindey,

fue parte del consejo asesor que cada semana recomendaba qué libros y qué debates culturales y qué tendencias debían recogerse en sus páginas, y fue el encargado de pilotar cuanto estaba relacionado con la historia. Cuando me incorporé a Opinión, unos años después, se convirtió en el interlocutor con el que comentar los asuntos más enojosos. No pontificaba nunca, ni tampoco cerraba las cuestiones con fórmulas demasiado previsibles o gastadas o partidistas, lo que hacía era buscarle las cosquillas a cada circunstancia y problematizarla aún más para comprenderla. Y siempre desde el mismo marco, el de la democracia. Lo apuntan Martorell y Moreno Luzón cuando abordan su manera de comportarse como intelectual: nunca pretendió ser ni faro de la sociedad ni predicador de los grandes relatos de la política contemporánea. “Bastaba con opinar sobre los problemas coetáneos, desde los limitados saberes y la capacidad de análisis de cada cual, con el fin de proponer interpretaciones y salidas razonables a lo que ocurría.” Y punto.

Santos Juliá tiene una mirada clara, en el sentido de que aporta claridad para acercarse a lo que sucede, pero

también porque la suya fue —es, sigue siendo— una mirada sin contaminar. Escribir en los periódicos obliga a estar operando en campos minados de intereses, sobre hechos embarullados, y al hilo de una actualidad que se dispara hacia adelante y que no cesa. No existe margen para tomarse demasiado tiempo, salvo a costa de ser arrollado, y por eso lo que resulta más frecuente son los clichés, las fórmulas que dictan los laboratorios de comunicación, los zarpazos previsibles que surgen de los engranajes de las ideologías, los guiños de presentes entendidos. Nada de eso hay en *Nunca son inocentes las palabras* porque lo que Santos Juliá hace en cada uno de sus textos es precisamente tomarse en serio las palabras. Las disecciona, las pone en contexto, asiste a sus endiablados cambios de significado y las agarra para desnudarlas e ir al hueso. Y así, en estas páginas, queda recogida la historia reciente de España: la Transición, el terrorismo de ETA y el de los GAL, las izquierdas y las derechas, la sombra de la dictadura, el clientelismo caciquil y la corrupción, las convulsiones que ha padecido la monarquía, la nueva política, la relación con Europa, el uso de la memoria, la deriva independentista de Cataluña y el reparto territorial del poder, los proyectos siempre postergados de reforma la Constitución, etc. Santos Juliá se comporta como una suerte de artesano, un alfarero que no tiene más remedio que meter las manos en el barro para construir un jarro de agua del que poder beber para encontrar el impulso de entender lo que nos rodea. Este comentario no puede ser sino partidista, de un partidismo radical por una manera de escribir de la historia y la política. Sin ataduras. ~

JOSÉ ANDRÉS ROJO es escritor y periodista de *El País*, donde ejerció de redactor jefe de la sección de Opinión. En 2016 publicó *Camino a Trinidad* (Pre-Textos).



Los Waterboys en el Rock Zottegem 2023

MÚSICA

Tener buen/ mal concepto

por **Rodrigo Fresán**

No hay que olvidarlo nunca: desde el principio de los tiempos el hombre vive para contarlo y cantarlo. Y sí: al contar cantando o cantar contando se presta más atención y se memoriza, y no solo se recuerda más fácil sino que se dificulta el olvido. Además de con mentirosos pero certeros eslóganes para vender productos históricos, también —mucho antes— para hacer y deshacer lo histórico con ritmo y armonía en textos religiosos, sagas homéricas, gestas juglarescas y óperas dramáticas y graciosas operetas. Con la llegada del *long play*, claro, la idea giró aún mejor. Y se impuso el afinado duelo circular y nunca del todo resuelto —cuestión casi existencialista-ideológica— entre lo largo y tendido versus lo corto y erecto, entre el largo aliento versus el breve suspiro, entre

el *song genius* versus el *album artist*. Así, léase/óigase: la canción suelta y eficaz y a quemarropa (lo *trending*) o la obra magna que debe ser apreciada *in toto* (lo *best*). Así, el *single* de ocasional compañía contra el álbum de amplia asociación. Y resulta muy reveladora la puesta en escena y discusión estética/dogmática de este tema/temas en los foros de Spotify o Reddit (en muchas ocasiones llevada o dejada caer por esos juveniles y virginales *first reactors* de YouTube que no ocultan su impresión o fascinación ante el hecho de que una canción pueda llegar a durar más de tres minutos y medio). Allí se celebra/condena la comodidad cuasi zombi a ritmo de algoritmo del *track* al azar o se cuestiona/alaba la grandeza/grandilocuencia del disco-al-completo al que en ocasiones las diferentes plataformas sónicas le alteran el orden original de sus canciones por cuestiones técnicas o anímicas privilegiando *bites* que dan en el blanco por encima de acaso mucho mejores y salvadores disparos al aire. Y —claro y oscuro, apenas escondido entre el ruido de los surcos— acaso El Tema que esconde algo más grave y agudo y mono y estéreo: no la pérdida del oído pero sí

la falta de concentración a largo plazo y la corta satisfacción absoluta de lo inmediato y corto.

Y el concepto de lo conceptual reconoce antecedentes muy claros que van calentando los motores disyuntivos de la disyuntiva: ahí están las reuniones de los *talkin' blues* excitados de Woody Guthrie, el ordenamiento sentimental de las melancólicas baladas para *swingin' lovers* de Sinatra, las idas y vueltas de los trenes cristianos y/o asesinos de Johnny Cash. Con la llegada del rock 'n' roll 'n' pop se abre y libera la barra y las visiones gós-pel de Elvis no demoran la liturgia de los sonidos *mascoteros* de los Beach Boys o las solitarias corazonadas del Sgt. Pepper y su banda a la que mutan los Beatles. Y, de pronto, todos necesitan salir a la persecución y alcan-ce de un *concept* para así poder tener un mejor concepto de sí mismos. Y, en más de una ocasión, presentándose como autoconceptos (Serge Gainsbourg, Kiss, Sex Pistols, Alice Cooper, Prince, Alan Parsons Project, Marilyn Manson, Kanye West, Guns N' Roses, Devo, The Residents, Rosalía) o cayendo en un egocentrismo casi mesiánico (y, reflejo y casi automáticamente, muchos de ellos deciden dar el siguiente paso o tropiezo y se ponen a escribir y publicar libros autobiográficos o de ficciones o ficticias autobiografías). Entonces todo eso de la ópera-rock que abarca desde el profeta ciego-sordo-mudo-pinball y rocker-alien-suicida con polvo de estrellas a la decadencia del Imperio británico en *village green* a preservar, pasando por la casi tontería sinfo-prog fantasy/sci-fi a la Rush/Styx con Spinal Tap que se burla de todo eso. Y la cosa se complicó/sofisticó aún más en los megalómanos ochenta, con la llegada de la MTV ilustrando canciones en clips —e imponiendo versión oficial a interpretación personal— que ense-guida se quisieron mini-maxi-films de muchos minutos contenidas en CD a los que ya no había que dar vuelta y en los que no había que distinguir

entre los vinílicos y psycho-bifrontes lados A y B.

Así, la especie va de protagonistas-paradigmas-arquetipos (*Quadrophenia* de The Who, *The lamb lies down on Broadway* de Genesis, *Joe's garage* de Frank Zappa, *The point!* de Harry Nilsson, *Thick as a brick* o *Aqualung* de Jethro Tull). La dolida y en ocasiones incómoda y exhibicionista-autorretratista exploración del sentimiento encontrado y desencuentro y divorcista (*Rumours* de Fleetwood Mac, *Blood on the tracks* de Bob Dylan, *Here, my dear* de Marvin Gaye, *Shoot out the lights* de Richard y Linda Thompson, *Since I left you* de The Avalanches, *Walls and bridges* de John Lennon, *Heartbreaker* de Ryan Adams, *For Emma, forever Ago* de Bon Iver, y todas esas tristes-eufóricas alegrías-alegorías de Taylor Swift y Beyoncé con modales de vengativas condesas de Montecristo). El análisis generacional-socio-ideológico-de género (*What's going on* de Marvin Gaye, *Good old boys* de Randy Newman, *Southern rock opera* de Drive-By Truckers, *There's a riot goin' on* de Sly and The Family Stone, *American idiot* de Green Day, *Exile in Guyville* de Liz Phair, *Good kid*, M.A.A.D. city de Kendrick Lamar). La denuncia de los no muy buenos modales de la industria discográfica o los secretos teórico-prácticos del oficio y la vida *on the road* (*Lola versus power man and the moneygoround, part one* de The Kinks, *Captain Fantastic and the Brown Dirt Cowboy* de Elton John, *69 love songs* de The Magnetic Fields, *Running on empty* de Jackson Browne). Las obsesiones y paisajes y dolores y climas muy personales (*Funeral* y *The suburbs* de Arcade Fire, *I often dream of trains* de Robyn Hitchcock, *Berlin* y *New York* y *Magic and loss* de Lou Reed, *The downward spiral* de Nine Inch Nails, *Aerial* y *50 words for snow* de Kate Bush, *Ghoseen* de Nick Cave, *Norman fucking Rockwell!* de Lana Del Rey, *Skylarking* de xTC). El —toda una categoría *per se*— sonido y entonación para alinear alienación

(la triunfal racha de Pink Floyd con *The dark side of the moon*, *Wish you were here*, *Animals*, *The wall* y *The final cut*). Y, por supuesto, el The End como fin y finalidad en crepuscular cénit-despedida (*Brainwashed* de George Harrison, *The wind* de Warren Zevon, *Blackstar* de David Bowie, *You want it darker* de Leonard Cohen, *The man comes around* de Johnny Cash y, quién sabe porque nunca se sabe con él, el sublime *Rough and rowdy ways* de Bob Dylan).

Y la anterior enumeración es, por supuesto, personal e incompleta porque cada quien atiende su juego y concepto.

Y ahora —seguramente no el último, pero sí uno de los *concept albums* más interesantes y dignos de atención y exigente de atención en años— llega *Life, death, and Dennis Hopper* de Mike Scott al frente de una nueva encarnación de sus polimorfos y perversos The Waterboys. Y —con etiqueta de la legendaria y fundacional Sun Records— el título lo dice todo: el genio y figura y mito y *true story* del actor Dennis Hopper como más que apropiado icono conceptual-contracultural y multitask y fuera-de-ley cuyo concepto vital era la metamorfosis constante del concepto que se tenía de él. Y Scott lo filma en letra y música desde *Rebelde sin causa*, *Easy rider* y *La última película* hasta *Apocalypse now* y *El amigo americano* y *Blue velvet* por senderos de la más constructiva de las autodestrucciones. Scott (quien ya había frecuentado lo conceptual en álbumes en pos de su epifanía y espiritual *big music* o su carnal y terreno *raggle taggle sound* como *This is the sea* y *Fisherman's blues*, o, incluso, dedicó un álbum entero a musicalizar los poemas de W. B. Yeats) declaró haberse fascinado por la figura de Hopper a partir del encuadre de sus fotografías reveladas durante los sesenta y expuestas en una galería de arte de Londres en 2014 y de las posibilidades de un nombre tan *rimable*. De ahí que Scott ya hubiese explorado su perfil en una canción —“Dennis Hopper”— del álbum *Good luck, seeker*

(2020). La canción no era mala pero sí era muy... fea (y ahora vuelve, mejorada y mejor y en contexto, como festiva coda funeraria). Y, evidentemente, la obsesión creció y *Life, death and Dennis Hopper* —en parte *Illinoise* de Sufjan Stevens y *Smile* de Brian Wilson y en parte *Songs for Drella* de John Cale & Lou Reed y *Beat* de King Crimson y *La hija de la lágrima* de Charly García— amplía ese campo de batalla. Y es rigurosa a la vez que caprichosa biografía y *carnival freak* con atracciones invitadas (Steve Earle, Fiona Apple, Bruce Springsteen...). Y multiplicidad de sonidos marca waterboy (yendo de lo santo-dionisiaco a lo sátiro-apolíneo en “Hopper's on top” o “I don't know how I made it”) o de otros (casi parodiando a Burt Bacharach o a Jefferson Airplane), abarcando la amplia trayectoria de un *Homo concept* renacentista y automoribundo desde su fuga adolescente de Kansas hasta un delirio psicodélico y crepúsculo aburguesado en veinticinco *tracks*. Todo se escucha como a bordo de un tren fantasma descarrilando en montaña rusa (incluyendo voces, instrumentales dedicados a cada una de las esposas de Hopper, *collages* narrativos, *cameos* maníaco-referenciales de Terry Southern y Natalie Wood y Andy Warhol y James Dean y Nico y Sal Mineo y Grateful Dead y Nicholas Ray y Orson Welles y Derek Taylor y Ann Margret y Hedda Hopper). Y, sí, lo más importante de todo: *Life, death and Dennis Hopper* resulta imposible de escuchar en parte o en partes. Es un artefacto *vintage* pero súbitamente vanguardista. Es toda una experiencia, una aventura, una película, un *trip* definido por el propio Hopper, en vida y poco antes de morir, como algo que no podía ser sino “una gran mentira, porque ni siquiera yo puedo creerme mi propia historia”.

Y la historia del concepto y el concepto de las historias continúan.

Y el mes que viene el argentino Fito Páez girará por España presentando un flamante *concept album* que

vino *conceptuando* desde 1988 y que por fin concluyó y grabó.

Su título es *Novela*. ~

RODRIGO FRESÁN es escritor. Este año ha publicado *El pequeño Gatsby: Apuntes para la teoría de una gran novela* (Debate).

CINE

Una curiosidad insaciable

por **Ricardo Dudda**

Me resultan simpáticos los polímatas, aquellos pensadores o creadores que no se limitan a una disciplina sino que cultivan varias. A veces no *producen* en diversas materias, pero su curiosidad sí que va más allá de su especialidad. Me vienen a la cabeza varios ejemplos cercanos. Por ejemplo, Alberto Penadés, un estupendo sociólogo experto en demoscopia que también sabe muchísimo de literatura filipina. O Manuel Arias Maldonado, un filósofo político experto en ecologismo y democracia liberal que es también un gran experto en las *screwball comedies* de los años treinta o en el cine *western* o *noir*.

En una época de *guetificación* o segmentación cultural (sabemos mucho de unas pocas cosas, algo a lo que han contribuido las culturas de nicho de internet y los algoritmos), resulta algo refrescante. Esta cultura segmentada promueve también la incomunicación entre las artes. Se ve mucho en plataformas como Goodreads o Letterboxd, donde los fanáticos de la lectura o el cine puntúan y comentan sus obras favoritas. Raramente comparten usuarios. Conozco muchos casos de individuos que saben mucho de cine y que, sin embargo, no tienen apenas curiosidad por la literatura; lectores con gusto literario exquisito que a la hora de escuchar música se contentan con el Top 50 Global de Spotify, que no

tardará en ser música hecha por la IA y pocos se enterarán; conozco muchos músicos con un paladar sofisticado que no han conseguido terminarse un libro en su vida, y su cultura cinematográfica se limita a la última serie de Netflix. Es una visión muy limitada del arte, como si la literatura, el cine, la música, el teatro, la pintura fueran incommunicables entre sí, y no lenguajes distintos para expresar lo mismo. *Stay in your lane*, es decir, permanece en tu carril: es el cáncer de la especialización en las artes.

Entiendo esa especialización en disciplinas que lo necesitan: no puedo ser un médico *solo* un poco interesado en la medicina. Pero me resulta incomprensible en las artes. Igual que antes del siglo XX la división entre ciencia y cultura era inexistente (Descartes es uno de los grandes filósofos de la historia y era también matemático y físico; Kant hizo descubrimientos sobre el sistema solar y su *Crítica de la razón pura* reflexionaba sobre la mecánica newtoniana), la división contemporánea en las artes me parece una estupidez. Es cierto que no se puede ver/leer/escuchar todo; qué triste me parece, sin embargo, no querer intentarlo.

Hay pensadores que sí lo intentan. Manuel Arias Maldonado es uno de ellos. Como mencionaba antes, su especialidad académica es el ecologismo visto desde la teoría política; también ha escrito mucho sobre la democracia liberal y sus descontentos. Pero en todo lo que escribe hay una contaminación de disciplinas. Cuando escribe sobre el fenómeno *Me Too*, en su libro *(Fe)Male Gaze*, utiliza el cine y la literatura (de la serie *30 Rock* a *Desgracia* de J. M. Coetzee); cuando habla de literatura acaba haciendo reflexiones políticas. Y cuando escribe de cine, es sociólogo, politólogo, crítico cultural e historiador.

Aunque tiene ya varios libros, solo recientemente ha empezado a publicar de cine. En 2024 salió *Ficción fatal*, sobre la película *Vértigo* de Hitchcock. Y ahora acaba de publicar *Forever cinema. Ensayos sobre el cine y su espectador* (Confluencias Editorial), donde agrupa muchos de los textos que ha publicado sobre el tema en varias publicaciones, incluida esta revista. Es una obra rigurosa y sistemática, y se nota la impronta de un académico. Pero siempre es consciente de que no hay “criterios



Fotografía: Manuel Arias Maldonado / Casa de América / Wikimedia Commons

indiscutibles a partir de los cuales juzgar la calidad de una obra artística”. En ella aborda el cine desde la filosofía: reflexiona sobre el realismo, sobre la ontología del cine, sobre la relación entre las imágenes, la realidad y la política (“el cine reforzaría nuestras falacias retrospectivas y nuestra tendencia a sustituir la correlación por la causalidad, por no hablar de nuestra propensión a adjudicar los papeles de buenos y malos en los distintos procesos políticos y sociales”). Lo aborda también desde la sociología: por ejemplo, trata el eterno debate sobre la muerte del cine y de las salas. Hace historia de géneros, como cuando explora en qué consiste exactamente el *noir* o el *western*, y también historia de la industria, como cuando habla de los Óscars. Debate los varios cánones y listas, especialmente la célebre de *Sight & Sound*. Y hace, sobre todo, crítica de cine. Sus ensayos centrados en una sola película son quizá lo mejor del volumen. Defiende *El largo adiós* (el propio Arias lleva una cuenta en Instagram de títulos de créditos de películas que se llama genialmente *The Longest Goodbye*) de célebres críticos como Jonathan Rosenbaum, que sostiene que su director, Robert Altman, no tiene muy claro el tono y el mensaje de su filme (¿puede una reformulación de un género, en este caso el *noir*, ser también uno de sus mejores representantes?). En su ensayo sobre *Johnny Guitar*, de Nicholas Ray, aborda una cuestión parecida: la película es un *western* a pesar de que su director quería saltarse todas las reglas del género. Ray, por cierto, antes de cineasta fue arquitecto y tuvo una gran faceta de etnomusicólogo desde un programa de radio de música folk (y tanto en la película de Altman como en la de Ray actúa Sterling Hayden, uno de los mejores actores del siglo xx y otro antiespecialista: no le gustaba mucho actuar y usaba el dinero del cine para financiar su verdadera pasión, la navegación).

Quizá uno de los capítulos más interesantes es una larga digresión sobre el cine del Holocausto donde debate la

dificultad de su representación (el cliché de que no se puede escribir poesía tras Auschwitz) a partir de obras como *Shoah*, *El hijo de Saúl* o *La zona de interés*. En esos textos hay un equilibrio perfecto entre la crítica cultural, la historia y la reflexión política.

Arias Maldonado es un gran defensor de Hollywood y del cine estadounidense. Es una posición que parece contradictoria en alguien que disfruta del cine de autor. Pero la visión de Arias Maldonado es parecida a la de los críticos fundadores de *Cahiers du Cinéma*, que supieron ver más allá de los engranajes industriales de Hollywood y reivindicaron a autores estadounidenses como Howard Hawks, Alfred Hitchcock, Samuel Fuller, Nicholas Ray, John Ford. Aunque trabajaban en el núcleo del sistema de estudios, su visión era personalísima. La *nouvelle vague* francesa no existiría sin ellos.

En *Forever cinema*, Manuel Arias Maldonado despliega una curiosidad insaciable que atempera con un método riguroso. Porque esta pasión es algo muy serio. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2023 publicó *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide).

CORRESPONSAL EN EL FUTURO

Maná del pánico

por **Mariano Gistaín**

Manual del pánico abreviado. Manual del pánico (abreviado). Manual del pánico abrevado. Aviso: el manual incluye hitos que no pertenecen al enunciado x 3; también incluye secuencias copiadas al azar (tal como ocurrió el Primer Day), y fragmentos de ADN variados, diversos, autoinmunizados contra sí mismos.

Detector de automentiras o autode-tector de mentiras.

Trozo alquímico de tungsteno, más duro que el pan de esta mañana, obtenido en el laboratorio de Tycho Brahe o Paracelso. Lista de objetos que quiso guardar Leibniz en caso de salir corriendo. Obras completas portátiles de Spinoza. Manual de escalo de Casanova. Todo lo de Ursula K. Le Guin. Gallinas ponedoras fuera de la ley, manual de corral clandestino. Guía rápida de inteligencia animal y humana.

Acciones bien vistas: apadrina un misil. Puedes incluir dedicatoria de 44 caracteres con espacios. Sé existencial mientras tanto. Renuncia al transporte público y en general a viajar. Donar tus órganos (doblete si has donado misil) te abre puertas. Dona drones. Participa en el chat de Estado con ejecutivos (civiles) de guerra, armamento, amistad, riqueza oculta, etc.

Maneja trillones en bitcoins de prueba para hacerte una experiencia. Investiga a fondo la expresión “hacerte una experiencia”, equivalente a un máster del universo duplicándose.

Disfruta tus dones y dona cada día un arsenal a tus fuerzas armadas preferidas y cuerpos favoritos. Litio, cobre, níquel, lantánidos, basura. Aprende a descifrar los derivados y los futuribles (nuevo concepto en los mercachifles), sé asiático y árabe del golfo, hazte emir o emiresa. Revende identidades. China tiene miles de camiones autónomos circulando y repartiendo sin conductor. ¿A qué esperas para revisar tus creencias *in situ*?

Bibliografía selecta sobre la caída del Imperio romano. Lee de una sentada *Un duelo interminable. La batalla cultural del largo siglo xx*, de José Enrique Ruiz-Domènec, y el breve manual *La era de la revancha*, de Andrea Rizzi.

Relanza y diversifica tu economía sumergida. Tu lado oscuro. Manual del detector de automentiras segunda versión (pdf), y Manual del auto-detector de mentiras (·).

LETRAS
LIBRESENTÉRATE
DE LO ÚLTIMO
EN NUESTRA
CUENTA DE X.

@LETRAS_LIBRES



WWW.LETRASLIBRES.COM

Abandonada toda esperanza (puertas del infierno), el kit de la UE se compone de hornillo neolítico y pistas para tallar sílex y aguzar palos. Reconoce que somos cruces de neutrinos que nos atraviesan a gran velocidad y que en su mayoría no tienen masa. Repite: soy un cruce de neutrinos. Ligereza adverbial.

Recuerda el precepto: *que os arméis como yo os he armado*. Que nadie sepa quién soy ni mucho menos quién vas a ser. Todo siempre por venir. Lleva este cuadernillo o esta libreta como tungsteno en paño, anota solo lo ínfimo y con letra mínima e ilegible, gasta poca página porque te ha de durar ni se sabe cuánto. Imagina que vas en un Fórmula 1 sin frenos y debes la hipoteca desde el primer día. Eso te mantendrá en alerta inconsciente.

En caso de sabotajes continuados y no reivindicados (que parezcan accidentes, casualidades, hurtos que se puedan adjudicar a múltiples causas), memoriza esta contraseña:

- Penis vulvis reverteris.*
- Entre nadies.*
- No existir en vida.*

Todas son una y una es ninguna. Entramos en la zona delicada del kit de supervivencia. Hay que ir con tiento pero sin rozar. (Ojo, las tres frases están registradas y patentadas en el mercado de bonos secretos.)

Algo más hay que saber acerca de los neutrinos y las neutrinas. El origen de algo indefinido que está por venir. Escribe en tu libreta para salvar la vida (aunque no sea la tuya), escribe para intercambiar cuerpos, y cuerpos y almas sin fricción.

Recuerda: el pánico es individual. La (ab)solución es común.

No te dejes seducir por cantos de sirena antiaérea.

Átomos, moléculas, aminoácidos, proteínas.... ¡todo vale!

Hasta el crackismo actual (si es que ha llegado antes de que abras este mensaje personificado, en caso contrario escóndelo y sigue con tus vidas) eras oficialmente un campo de

probabilidades. Ahora eres un cruce de neutrinos.

Cada segundo nos atraviesan cien billones de neutrinos. No tienen masa (a veces sí) pero existen.

El neutrino es un millón de veces más ligero que el electrón y es la segunda partícula más abundante del universo después del fotón. Cada centímetro cúbico puede contener hasta trescientos neutrinos que se cruzan en todas direcciones. Algunos vienen de los agujeros negros o de las explosiones de estrellas, muchos provienen del sol y otros llegan desde el *big bang*, que se data en 13.700 millones de años. Esto dicen los últimos experimentos que pueden ser desmentidos o corregidos en cualquier momento o antes, de aquí a hace 13.700 millones de años (hacia delante o hacia atrás). Sí, en la era del crack sistémico todo es visitable en cualquier dirección.

Hay que añadir que China se dispone a estrenar la más grandiosa instalación para detectar y estudiar neutrinos, el Observatorio Subterráneo de Neutrinos Jiangmen, un artefacto realmente sofisticado y enorme (<https://juno.ihep.cas.cn>). El detector chino de neutrinos es como la bola led de Las Vegas pero subterráneo, con otra finalidad, más íntima y universal.

Si cada segundo nos atraviesan cien billones de neutrinos que vienen de todas direcciones, somos cruces de neutrinos. Eso explica que la vida individual sea una f(r)icción que dura un instante cósmico y está compuesta por cruces de entes ligerísimos que no interactúan entre sí ni con nada más, aunque a veces, pocas veces, podrían rozarse, tener un poco de masa, darse un codazo o un beso.

(Esta parte neutrinal se continuará en otro episodio si cede la urgencia. Pero es bueno tenerla presente si ocurre algo otra vez.) Abandona el sexo otra vez. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).